

TESTIMONIO DE GRATITUD

A las respetables entidades, a los discípulos y amigos que han festejado las Bodas de Plata del actual Rector del Colegio del Rosario

Con viva emoción, agradecimiento profundo y honrado rubor, recibo las muestras de afecto que me dan muchos discípulos, no pocos amigos y compatriotas de esta capital, de otras poblaciones de la República y aun de naciones extranjeras, y las acepto para referirlas a Dios omnipotente, autor de todo bien, único acreedor a honra y alabanza ; a la inmaculada Virgen María, madre de Dios, reina del Santísimo Rosario, patrona y defensora nuestra ; al espíritu de Fray Cristóbal de Torres, quien les dedicó a la virtud y a la ciencia un monumento perenne a través de las mudanzas y vicisitudes de tres siglos ; y finalmente, a la memoria egregia de mis antecesores en el rectorado. Uno de ellos vive todavía, cargado de años y de merecimientos. Llegue al voluntario retiro del doctor Nicolás Esquerro, en el seno de su cristiano hogar, el homenaje de mi respeto cariñoso.

Bien comprendo que estos testimonios de veneración y de amor, más que al oscuro sacerdote, mero accidente transitorio en la vida inmortal del Colegio, se tributan al Instituto mismo, con ocasión de las Bodas de Plata del presente rector. Es procedimiento delicado, muy digno

de cristianos hidalgos, el de honrar a la madre festejando el cumpleaños del más pequeño de los hijos. Viendo las cosas así—y no es posible entenderlas de otro modo,—yo puedo asociarme a las alabanzas y obsequios al claustro legendario, fundado por un santo, organizado por un sabio, enriquecido por un príncipe, que todo eso fue el Arzobispo dominicano ; al centro de donde irradió la civilización por todo el Nuevo Reino de Granada ; al que proveyó de párrocos y doctrineros los pueblos recién fundados, de obispos las diócesis, de jurisconsultos los tribunales civiles y eclesiásticos ; donde enseñó José Celestino Mutis, brotó la Expedición botánica y nació la medicina en nuestra patria ; donde Caldas aprendió ciencias naturales, Camilo Torres se inició en la elocuencia y el derecho ; templaron las almas para el combate Girardot y Maza, y para morir en el cadalso, los mártires de Cartagena.

Este pensamiento y la desproporción enorme que me salta a la vista cada día entre lo exiguo de mi labor y la abundancia de los frutos cosechados, no han consentido al demonio de la vanidad golpear en esta vez a las puertas de mi alma ; porque gloriarme de los éxitos obtenidos, ya no sería pecado solamente, sino también señal inequívoca de locura. Al estudiar la historia del Rosario desde su fundación hasta hoy, es forzoso exclamar : ¡el dedo de Dios está aquí !



Si pasamos a las causas segundas, que son las voluntades y esfuerzos de los hombres, ¿será justo glorificar a uno solo de los trabajadores, y precisamente al menos inteligente y activo, por los triunfos debidos a la común labor de centenares de obreros? No olvidemos que a mí me confió el doctor Carlos Holguín el cultivo de un árbol más de dos veces centenario, con raíces ahincadas en lo más hondo de la tierra, copa vecina de las nubes y tallo y ramas rebosantes de savia juvenil. Para cuidar uno de esos cedros de Dios, basta construir rústica valla que lo defienda del hacha de rudos leñadores, podarle algunas ramas secas, arrimarle tierra vegetal a la descarnada base del tronco y regarlo en tiempos de extremada sequía. Para esa tarea no son menester sino las aptitudes de un honrado labriego.

Cuando llegué al Rosario, hallé reinando el espíritu cristiano, merced a mis predecesores inmediatos; la capilla abierta al culto divino, renaciente y florecida la filosofía católica. El Congreso nacional, por espontáneo movimiento, reconoció la autonomía del Colegio y lo autorizó, conforme a la voluntad del Fundador, a completar los antiguos estatutos. Dictó la Consiliatura las *Constituciones nuevas*, revisadas por el ojo de águila y sancionadas por la autoridad del Jefe del Estado. He tenido por consiliarios que me dirijan y por inmediatos colaboradores en el

régimen interno y en el manejo de los caudales, varones peritísimos, tan buenos conmigo que, en esta partición de los productos del huerto, me han dejado las rosas, reservándose para ellos las espinas; en las cátedras han leído las letras y las ciencias, con provecho no sólo de sus oyentes sino de la nación entera, hombres ilustres entre los mayores con que se ufana nuestra patria; y los estudiantes han completado las fecundas labores de los maestros.

El señor Torres, con sencillez de religioso e intuición de genio, supuso que todos los alumnos serían siempre cumplidos caballeros, y sobre esa base edificó las Constituciones que nos rigen. Bajo el imperio de esas leyes, tan austeras como generosas, he visto agradecidos y contentos a cerca de cuatro mil discípulos que han pasado, en el último cuarto de siglo, por los vetustos claustros, dando testimonio de que los jóvenes colombianos, esquivos al capricho y la violencia, son dóciles a la razón, a la ley que de ella dimana y a la dulzura y la cortesía, que son las joyas de la justicia.

Después de lo que acabo de exponer, ¿qué resta a favor mío?... A menos que se consideren como méritos la dilección entrañable a la *Alma Mater* y la correspondencia a la amistad de sus hijos.

Entre las muestras de estima que ha recibido, en los momentos actuales, el Colegio Mayor

de Nuestra Señora del Rosario, merecen especial mención y gratitud las que han llegado de entidades altísimas, no unidas con él—diría yo—con vínculos de sangre. Primeramente, el Sumo Pontífice Benedicto XV, Vicario infalible de Cristo, Jerarca de la cristiandad, Dios en la tierra, se dignó enviarnos una bendición especial, escrita de su mano en nuestra querida lengua de Castilla. Se han agregado las del Delegado Apostólico, del eminente Primado, y de varios Arzobispos y Obispos, mis maestros en la fe; el abrazo de los sacerdotes, mis hermanos del alma; el saludo benévolo de las comunidades religiosas, beneméritas de la Iglesia y de la patria.

El Congreso nacional, representante de la soberanía de Colombia en el orden legislativo, y la Asamblea de Cundinamarca, en cuyo territorio vive nuestro claustro, quisieron darle nuevo testimonio de honor. La losa conmemorativa decretada por las Cámaras se pondrá en el Aula Máxima al pie de la imagen de María; y la medalla de oro obsequiada por la Diputación se incrustará en el marco de la Bordadita, para que cuando el actual rector, quitado de la vista, se haya ido también de la memoria, aparezca la Madre de Dios como la verdadera y única directora de este católico Instituto.

Los conceptos y las dádivas de las dos augustas corporaciones se han acrecentado con las

personas comisionadas para presentárnoslos. Decid, señores, a vuestros ilustres comitentes que el Colegio sabe apreciar tales favores en todo su valor inmenso.

No es menor el de la parte que se han dignado tomar en estos festejos los supremos magistrados de la Nación y del Departamento. A los lazos que de antiguo me han ligado a nuestros actuales cristianos gobernantes, se añade el de un nuevo motivo de gratitud indestructible.

Pensando que el Colegio de Fray Cristóbal de Torres es el relicario en que se guardan las tradiciones de la familia colombiana, la cuna de la República, el “seminario de la doctrina de Santo Tomás,” la cátedra de Mutis, el principio de la ciencia médica en Colombia, el hogar del derecho, el jardín de las buenas letras, reciamente aferrado a la tradición y abierto de par en par a todo legítimo progreso, las sabias Academias de Historia y de Jurisprudencia, la Asociación de cronistas de los diarios, varias facultades, escuelas y colegios, han traído hojas de laurel inmarcesible y las han puesto en mis manos para que yo teja una corona y ciña con ella las sienes de nuestro Fundador y padre. Otra, esmaltada de rosas y lirios, han rendido a sus plantas los artistas, escritores, oradores y poetas que han querido celebrar las glorias del Rosario.

Puesto que se trata de circundar de flores la cabeza encanecida de los viejos maestros, como rodea la mañana de rosadas nubes la frente de los nevados, séame permitido obsequiar con una violetica blanca nacida entre las piedras, a los que fueron mis preceptores; y evocar la amadísima figura de un varón justo, vivo no sólo en la memoria sino en el corazón de las nuevas generaciones; del que supo exponer en festivas vayas y coplas populares lo más hondo de la filosofía; del que llegó a ser, sin el honor del sacerdocio, elocuentísimo orador religioso, pescador de almas extraviadas; del que educó tres generaciones de hombres buenos, y fue mi padre, mi institutor, el único amigo de mi infancia y de mi juventud. ¡Pensar que podría vivir aún! Alcanzaría a percibir siquiera el eco de estas gratas festividades, que felizmente llega a los oídos de mi santa madre, llevando a su espíritu, no oscurecido por los años, pero sí maltratado por las penas, un rayo de alegría y de consuelo.

Y sea lícito para mí asociar la mención de aquel humilde cristiano con la de un príncipe excelso de la Iglesia, con la del sabio y ejemplar sacerdote restaurador del Seminario, predicador de perfección eclesiástica más con ejemplos que con palabras, elevado hoy a la cúspide de la jerarquía católica en Colombia, y que fue mi protector y maestro en los años de mi forma-

ción clerical, y autor por lo tanto de lo que yo haya podido realizar en bien de la juventud estudianta y en provecho de las almas.

¡Señores, padres y hermanos, compatriotas y correligionarios, amigos y discípulos de la capital y los departamentos, de dentro y fuera de Colombia! Rudo, débil y pobre, no puedo satisfacer la obligación inmensa de gratitud que he contraído con vosotros, pero encomiendo al Señor, de quien soy indigno ministro, que os pague, en lugar mío, esa deuda de justicia. ¡Dios os premie! ¡Dios os bendiga!

R. M. CARRASQUILLA

Bogotá, octubre de 1915.

DISCURSO

en honor de Santa Teresa de Jesús

PRONUNCIADO EN LA ACADEMIA COLOMBIANA, EL DÍA 14 DE OCTUBRE DE 1915

Recuerdo que cuando era niño, veía yo en casa de mis abuelos, un cuadro de poco mérito artístico, pero muy devoto, que representaba a una monja, revestida con el hábito de la orden carmelitana, y en un ángulo del lienzo lucían la borla y el bonete doctorales. Una inscripción puesta al pie indicaba que aquella figura representaba a la santa doctora Santa Teresa de Jesús. Asombrábame, en mi insipiente, de que una mujer, entregada a prácticas piadosas, hubiera podido merecer un título que en la Iglesia católica sólo ostentan unos pocos gigantes de la ciencia y de la santidad, y con este motivo, se grabó en mi mente infantil, de manera indeleble, la imagen de la mística autora de *Las Moradas*.